

EMANACION Y CREACION

POR

THOMAS MOLNAR

El gran problema que preocupa a los pensadores de todos los tiempos es éste: estamos enfrentados a la diversidad que nos rodea, a la pluralidad de los objetos y de los hombres, de los árboles y de los astros. Reflexionando, sin embargo, nuestra inteligencia nos persuade que detrás de esta multiplicidad, en todo caso anárquica, parece existir una unidad: bien sea porque nos abstraigamos de aquella, de la multiplicidad, o bien porque en verdad la pluralidad de las cosas no es más que apariencia. Entonces la multiplicidad, en los dos casos, no es más que una ilusión, no siendo la verdad atribuible más que al «Uno»: por razonamiento o bien porque es la naturaleza de las cosas o más bien la naturaleza de la estructura del ser.

Desde los comienzos de la especulación en la India o en Grecia, o aún en Palestina, este es el gran interrogante: ¿si lo «Uno» procede ontológicamente a lo Múltiple, cómo lo Múltiple sale de lo «Uno», sin disminuirlo, ya que es evidente que el «Uno» sigue siendo lo que es? Si por el contrario lo Múltiple es la realidad ontológica primera es asimismo una especie de unidad, en tanto que principio de toda cosa. Parménides y Heráclito no se encuentran situados en polos completamente opuestos, son más bien hermanos enemigos, el anverso y el reverso de la misma medalla.

El problema aquí suscitado adquiere otra dimensión en el contexto religioso. Porque entonces lo Uno deja de ser principio, y se convierte en origen dinámico, eventualmente personaje, director y organizador, por no decir responsable. El hinduismo hace

tabla rasa. Ni unidad ni multiplicidad sino *totalidad*, pero ésta es desde un principio empañada por la *nada*. Por consiguiente, no hay nada salvo las apariencias. La primacía del Uno o de lo Múltiple no se plantea, ya que lo «Uno» es visión del espíritu mientras que lo Múltiple es apariencia, ilusión. Así, pues, va a reabsorberse sin huellas, en el Todo/Nada, la energía vital, un falso pretexto y desaparecerá; la totalidad/negación volverá a descansar.

Es completamente diferente con los griegos, cuyos primeros filósofos buscan el *arché*, el principio, el origen, lo «Uno». Lo encuentran primeramente, en lo que nosotros consideramos siempre como los elementos, el agua, el aire, el fuego, etc.; luego se aventuran hacia mayor abstracción, por ejemplo, lo Ilimitado. Sin embargo, esta puerta no se abre sobre lo múltiple, pues si todo es agua o fuego, la multiplicidad queda de este modo excluida. Sobrevienen entonces los pensadores, que ponen las cosas, por así decirlo, en movimiento, y proponen una idea nueva, semi-filosófica, semi-religiosa. La dificultad es por lo tanto inmensa. El «Uno» a fin de que el universo se haga y llegue a ser diverso, debe de alguna manera contener este universo, esta diversidad, debe incluso resistirse a que la multiplicidad aparezca. La filosofía antigua inventa, pues la *emanación*, pero quiere al mismo tiempo salvaguardar el aislamiento del Uno, su nobleza, su distancia. La emanación presupone así, una especie de agente poderoso que constriñe al Uno a multiplicarse sin perder su substancia, o bien que extrae la multiplicidad del seno del «Uno».

Solamente, en uno y otro caso, ¿cómo no suponer la potencialidad del Uno a dejarse sorprender, a contener el universo múltiple? Plotino, caso paradigmático, pondrá un agente entre el Uno y lo Múltiple, especialmente la inteligencia, pero deja en la sombra el proceso de mediación por el cual lo Uno cede sin ceder. Lo múltiple se forma según las emanaciones, y sólo el primer paso, el engendramiento, ha sido difícil. Esto satisface al filósofo pero no al religioso, si es cristiano. Lo grave en Plotino y los pensadores «emanatistas» en general, es que lo Uno contiene el universo, y que, en consecuencia, éste contiene algo de lo Uno. Según el grado en la escala de las emanaciones, las hipótesis con-

tienen más de dios o menos de dios (dios es ahora asimilado lo Uno), por ejemplo, el hombre mas que la materia bruta, pero todos acabarán por reintegrarse en lo Uno (dios).

Así, pues, volvemos a encontrar el hinduismo (con el cual Plotino pudo haber estado en contacto, en el ejército del emperador Gordiano, durante la guerra de Roma contra los partos), pero ingeniosamente amañado. El Uno no es el Todo/Nada (el Brahman) y las emanaciones no son apariencias tampoco. No obstante, lo Uno ha sido constreñido a dejar «salir» las emanaciones —como si la nada en él se le hubiera opuesto— y las hipóstasis serán al fin reabsorbidas, como consecuencia de este drama cosmológico/ontológico. En cualquier caso, y en lo sucesivo, el hielo estaba roto en un primer modelo de la difícil relación entre lo Uno y lo Múltiple. El mundo se pone en marcha, ya conocemos el mecanismo. Añadiremos que el precio ha sido elevado. De ahora en adelante lo Uno no estará aislado, quizás ha tomado gusto a dejarse sorprender, a contemplar la diversidad...

He aquí el límite hasta donde había llegado la antigua especulación y que era incapaz de rebasar. Si pues las hipóstasis se hallan en potencia en lo Uno, éste las saca de su seno, pues si no, ¿dónde estarían localizadas? El único concepto que los antiguos filósofos rechazaron es el de la creación. Ahora bien, si reflexionamos podemos constatar que un Plotino, en Alejandría, debía conocer el judaísmo y el cristianismo, y que el Dios creador debía ser motivo de vivas disputas. Celso, un siglo antes que Plotino, ya atacaba al cristianismo. Encontramos sus argumentos en Orígenes que se vale de ellos para refutarlos. No obstante, Plotino era griego y la idea de la creación un escándalo. De la nada, nada puede hacerse.

Y, sin embargo, la idea de creación ha sido una respuesta maravillosa a toda la filosofía hinduista y griega. Era un punto de salida al dilema unidad/multiplicidad. Por razones muy diversas y muy válidas. Bien es verdad que subsiste un cierto problema que podrá vencer la *Fe* mucho mejor que la pura especulación. ¿Cómo hacer para que lo Uno deje salir la Hipóstasis? De igual manera, ¿cómo hacer para que Dios cree? En el primer caso hay

que recurrir a subterfugios, a estratagemas, a mediadores. En el segundo caso, en su generosidad Dios crea y quiere contemplar sus criaturas. Este argumento encontrará toda clase de dificultades: ¿por qué Dios ha creado en este momento, ni antes, ni después? ¿Dios es diferente antes y después de acto creador? ¿No ha privado a sus criaturas del don de la existencia, no ha desde el principio trastornado a sus criaturas? Y así sucesivamente. Sin embargo, todas las dificultades resultan mínimas a la luz de la creación ex nihilo, hallazgo extraordinario que pondrá fin a la carrera de la filosofía griega.

La novedad es, primero, que Dios es Extrínseco al universo. En mis conversaciones con los neo-paganos, he encontrado siempre que su argumento de base radica en que es admitir que Dios puede existir fuera del universo, siendo así que éste es por definición todo el ser. Sin embargo, es lo que significa la creación y como consecuencia se deduce que las criaturas no contienen «nada de divino», son libres y en relación con Dios —*intimior intimo meo*, dice San Agustín—, pero su substancia por así decirlo, no está mezclada con la de Dios. El círculo vicioso de la emanación/reabsorción plotiniano queda roto desde este instante, pues las almas tienen una existencia independiente de la de Dios, son libres desde la creación y a la muerte del cuerpo continuarán esta existencia libre, es decir, distinta a la divinidad. La visión beatífica presupone precisamente esta distinción. El retorno a Dios no es de ningún modo una reabsorción en El.

La cuestión de lo sagrado se plantea también de un modo diferente en los dos «sistemas», creacionista y emanatista. En éste, todo es «sagrado» —los neopaganos hacen en ello gran hincapié— porque todo participa, más o menos, en lo Uno del que procede y al que se reintegrará. Las fronteras de lo sagrado y de lo profano son vagas, imprecisas, allí donde las divinidades están lejos de reclamar toda la sacralidad. En el sistema creacionista sólo Dios es sagrado, las criaturas —el pan y el vino, por ejemplo, en la eucaristía— deben ser primero consagradas para que funcionen como sagradas. Demostración, una vez más, de la independencia de la

criatura, que puede escoger, no solamente entre lo sagrado y lo profano lo mismo que entre el bien y el mal, etc.

De esto se derivan consecuencias lejanas pero siempre lógicas. El Dios creador no está mecánicamente unido a sus criaturas, como sucede en el caso de las teorías griegas, platónicas y plotinianas. Dios viene a ser una persona «antropomorfa» sin dejar de ser «espíritu». Tesis que lleva consigo grandes dificultades, que las tres religiones monoteístas, resuelven de diferente manera las unas de las otras. Yaveh es muy «humano»: tiene amistades, cóleras, venganzas, preferencias, pero a fin de cuentas prohíbe aun al mismo Moisés a percibir lo esencial. Moisés no tiene derecho más que a verlo desde detrás cuando ya ha pasado. La ley mosaica es muy personal, el creyente la obedece por amistad con Dios. El «Yo soy el que soy» de Yaveh, se presta diversas interpretaciones, puede significar que Dios contiene todo el ser o bien que es personal. Por lo demás no hay contradicción entre las dos interpretaciones.

El Islam es la menos antropomórfica de las tres religiones, seguramente por reacción a las otras dos y porque Mahoma conocía la tendencia a la idolatría de las tribus convertidas. Está más próximo a la figura de Moisés que del Dios cristiano uno y Trino, y lejos de Cristo y su encarnación. El monoteísmo de los musulmanes es radical y el profeta había tomado precauciones suplementarias para «disimular» su tumba. No quería que ésta se convirtiera en lugar de peregrinaje y de culto, debilitando de este modo el único culto válido, el de Alá. La misma arquitectura de las mezquitas, refleja esta preocupación, no hay lugar preferente en su interior, casi vacío a propósito. Desde cualquier lugar se puede llegar a Alá. Al contrario del *sanctum* israelita donde las leyes están depositadas y contrariamente también a la arquitectura católica que dirige al creyente hacia el altar y hacia la eucaristía, eventualmente con la ayuda de una columnata «vigilando» sus pasos.

Hay que observar que en los tres monoteísmos Dios es personal (en diferentes grados), lo que no sucede en el politeísmo. Es tal vez una cuestión de perspectiva: las divinidades griegas

eran muy «comprometidas», pero su falta de dimensión moral hace que las sintamos distantes, véase indiferentes, lo que no eran, tal vez, para Ulises y otros héroes. Por otra parte, el emanatismo no era una religión sino un sistema filosófico, sin embargo, uno se da cuenta que su mecanismo frío tiene sombras de personalización, sin las cuales el mismo Plotino no habría tenido veleidades místicas. En Plotino y en Sócrates lo religioso y lo personal aparecen ya tímidamente; si lo religioso permanece púdicamente escondido, es porque los postulados filosóficos, muy estrictos, impidieron el paso de lo inmóvil al movimiento, de lo Uno a lo Múltiple, de la emanación a la creación.

En suma, constatamos diversas cosas que a menudo no atraen nuestra atención. Primero, la unidad orgánica y lógica de la filosofía y del pensamiento religioso a través de hinduistas, budistas, israelitas, cristianos y musulmanes. Después para propia ciencia, que tiene tendencia no escoger ni la creación ni la emanación sino el *azar* (la Casualidad), una especie de auto-creación, el universo se forma a partir de fuerzas no identificables, y sin origen. A la objeción de que esto sería un *non sequitur* en el que la razón no sabría qué hacer, la ciencia dice que la creación ex nihilo es igualmente arbitraria, una idea gratuita. En fin, hay cincuenta mil maneras de explicar los fenómenos, su origen, la multiplicidad saliendo de la unidad. Lo que hacen las filosofías, las creencias y las religiones es proponer la explicación más plausible. Se dirá que la religión añade un nuevo elemento a esta explicación, la fe. Esto no nos sirve de gran ayuda, pues existe la fe de los filósofos, aun materialistas, y la fe del hombre de ciencia. En el fondo se trata, desde nuestro punto de vista, de hacer la demostración —contra una ciencia y una filosofía resueltamente antirreligiosa, como lo constata Etienne Gilson— que el pensamiento cristiano ocupa un lugar de pleno derecho en los sistemas especulativos de la humanidad, un lugar nunca menor que el de los sistemas filosóficos y científicos.